

## HISTORIA DE UN LAVABO

*(Un baño con paredes cubiertas de azulejos blancos. MANO y PULSERA entran en escena. JABÓN está en una esquina mirando. En medio del escenario, una silla con una toalla y un taburete. MANO se sienta en la silla y PULSERA en el taburete.)*

**PULSERA:** *(Se ríe)* Alguien te está mirando, Mano.

*(MANO se da la vuelta, ve a JABÓN y saluda. Este le devuelve el saludo y se sonroja)*

**MANO:** ¿Qué tal, Jabón? Hoy he abrazado a los abuelos y he tocado la mesa varias veces.

**JABÓN:** Entonces un lavado normal, ¿con aclarado?

**MANO:** *(Asiente)* Sí, dile a Toalla que me seque como ella sabe.

*(JABÓN asiente y llama a TOALLA, que entra por la puerta. PULSERA sale de escena. JABÓN y TOALLA echan agua a MANO, que se enjabona. Una vez aclarada, TOALLA la seca)*

**MANO:** *(Con admiración)* ¡Secas de maravilla, Toalla!

*(TOALLA sonríe. En ese mismo instante GEL HIDROALCOHÓLICO aparece)*

**GEL:** *(En tono seductor)* ¿Qué hace sola una dama tan bella?

*(MANO se ruboriza)*

**MANO:** Lavarme un poco.

**GEL:** ¿Cuánto tiempo llevas?

**MANO:** Medio minuto, pero Jabón y Toalla lo hacen de maravilla.

**GEL:** ¿Tanta ayuda necesitas? Conmigo con solo frotar ya está. Y en cualquier lugar.

*(JABÓN, enfadado, se muerde el labio para contenerse)*

**MANO:** A ver, voy a probar. *(En voz baja)* No me fío nada. *(Tras frotarse con GEL, sorprendida)* ¡Hala, Es verdad! ¿Qué tengo que firmar para contratarte?

*(JABÓN se enfada cada vez más. GEL HIDROALCOHÓLICO le da el contrato a MANO, que empieza a leerlo y se extraña)*

**MANO:** *(Enfadada)* ¿Cómo que formas una capa protectora pero no eliminas todas las bacterias? Prefiero lo clásico pero eficaz, que con lo nuevo pero inservible.

**JABÓN:** *(En voz baja)* ¡Toma!

*(GEL HIDROALCOHÓLICO se va dando una patada al suelo. Todos salen excepto JABÓN, que se queda solo en el escenario y un foco le ilumina)*

**JABÓN:** *(Suspirando)* Espero que algún día se dé cuenta de que me gusta. Al menos no se ha ido con ese dichoso Gel. Hay tanto que me gustaría decirle a Mano...pero nunca me atrevo. La próxima vez que se acerque al lavabo se lo diré.

*Cae el telón.*

Ricardo Manero 2ºA

Me miraba fijamente y yo era incapaz de apartar la mirada, era mi último abrazo. Ese que llevaba meses buscando, el que parecía haberse ido volando.

Cuando mi abrazo desapareció, yo estaba encerrada en casa, lo que significaba que no podía ir a buscarlo. Así que lo único que pude hacer fue pensar a dónde se habría ido. Lo primero que pensé fue en que mi abrazo habría ido a ver a mis abuelos. Que los miraba por la ventana. Veía a mi abuela devorar libros. Veía a mi abuelo tararear melodías de canciones de su época. Y, de repente, mi abrazo se sentía como en casa. Así que, sigilosamente, se colaba por la ventana y entraba en casa de mis abuelos. Poco a poco se iba acercando, hasta estar cerca, muy cerca. Rápidamente se metía dentro de ellos y se guardaba en su corazón, llenando un poco el vacío que tantas semanas atrás había aparecido y no les permitía ser felices del todo.

Aquella noche, cuando llamé a mis abuelos, les pregunté si habían visto a mi abrazo, pero me dijeron que no había aparecido por allí aquel día. Por eso me sorprendió tanto verlo ahí quieto, delante de mí. Llevaba mucho tiempo buscándolo, y por fin, cuando había aparecido, no sabía qué decir. Cuando por fin me armé de valor, le pregunté que dónde había estado todo ese tiempo.

Fue entonces cuando, muy lentamente, mi abrazo se me acercó y me susurró al oído: "*Minerva, acabo de volver de un largo viaje, he ido a ver a las estrellas*", y entonces me entregó un sobre. Cuando lo abrí no pude evitar la sorpresa: el sobre estaba lleno de palabras, quizá miles, o incluso millones. Cada noche después de que mi abrazo apareciera, empecé a mandar combinaciones de palabras a mis abuelos, a mis amigas, a mi familia. Y entonces entendí por qué las estrellas me habían hecho ese regalo. Las palabras me ayudaron, aun estando lejos, a sentirnos cerca.

Cuando pierdo algo, mi madre siempre dice que piense en dónde lo dejé la última vez. Y eso es lo que voy a hacer: intentaré recordar dónde dejé aquel abrazo.

Tantos días, tantos meses, pero aún así, ¿cómo olvidar la esencia de ese último gesto? Uno que hasta este momento no valorábamos con tanta fuerza, pero que ahora añoramos como nada en este mundo. Hace ya un año desde que este planeta dio un giro de 360° y parece ser que aún no nos hemos acostumbrado. ¿Quién podría haber imaginado que el 2020, un año que nos sonaba a triunfos, nuevas metas, amor y alegría pudiese acabar en tan solo un mar de lágrimas? Se dice que siempre hay que buscar el lado positivo, incluso en momentos tan duros como los que vivimos actualmente, por lo que, de esta experiencia, más bien de esta gran pesadilla, podríamos decir que hemos aprendido alguna que otra cosa... Por ejemplo, hemos aprendido a valorar más las cosas simples como un beso, un abrazo o tan solo una sonrisa, la cual no mostramos mucho por ese protector al que tanto odiamos llamado mascarilla. También hemos aprendido a apoyarnos, a empatizar y a tratar de ayudar en todo momento, trabajando codo con codo, porque todos estábamos en el mismo barco, en la misma pandemia. Por supuesto hemos aprendido un montón de palabras nuevas, conceptos, normas, disciplina... Hemos aprendido a adquirir responsabilidades y a darlo todo por los que más queremos. Todos echamos de menos nuestra vida, la vida anterior a esta pandemia, pero jamás la recuperaremos, no si seguimos invadidos de ignorantes que creen que esta no es su guerra. Esta guerra es de todos. Solo luchando juntos la venceremos, así que, ¿podremos?

Hay veces en que para lograr la meta no se puede coger el camino corto; en vez de eso hay que coger el que tiene las curvas, las trampas y sobre todo, la ruta más larga. Esa, aunque no lo parezca, puede ser la correcta y, aunque haya momentos en los que nada tenga sentido, cuando demos el último paso del camino sabremos que todo esto fue por algo.

Claudia Palma, 3º C

Nada más levantarse, ya sabía que aquel día no iba a ser como los demás. Se levantó con un pensamiento de angustia. En sus ojos se apreciaba el miedo que tenía. Tuvo una pesadilla de que nada iba a ser como antes y se hizo realidad. Sus pensamientos se oscurecieron y su alegría se desvaneció al darse cuenta de que nunca más sentiría el calor de un fuerte abrazo.

¿Quién iba a pensar que al salir a la calle solo veríamos ojos? Solo se escuchaban cuchicheos, diferentes opiniones, como una radio que solo aumentaba su volumen, dejando a la gente hipnotizada. Solo se escuchaban muertes, contagios, falta de material sanitario, de médicos dispuestos a darlo todo. Las calles estaban vacías y sin vida, como si alguien les hubiera quitado la felicidad. Poneos en mi piel un simple niño de 14 años, que solo piensa en volver a ver y a sentir a sus personas queridas sin preocupaciones. Pensaba que iban a ser 15 días, pero acabó siendo como un bizcocho que no sube, interminable la espera de sacarlo del horno. Así me sentía yo, en un mundo que está paralizado. Si buscas “pandemia” en internet encuentras que es una enfermedad epidémica que se extiende a muchos países. En mi opinión, es algo más personal que afecta a cada quien de una forma diferente. Me sentía como si estuviera montado en una interminable montaña rusa de emociones en la cual no puedes ver el final pero tampoco te acuerdas del principio. Veías a tus mayores con miedo a salir a la nueva normalidad, como si al abrir la puerta un huracán de miedos se acercara. Es duro ver así a tus seres queridos, tener la presión de que con un insignificante descuido puedes poner en juego la vida de los que te rodean.

La gente cree que no me entero de nada, pero saber la verdadera situación en la que estamos me hace ser más consciente de mis actos. Ahora, cuando pienso en la vida sin mascarillas, solo se me vienen ligeros recuerdos que vienen y van, como una nube gris que avisa tormenta, y finalmente no llueve.

Aylen Gaibor, Laura Escobar y Lucía Soler 2ºG

*“Soy un buscador de historias, pero el mundo ha olvidado la mía”.*

Esta no es solo mi historia, es la historia de un mundo paralizado por un virus. La historia de todas esas personas que habitan en él, las que viven para contarlo y las que hemos dejado en el camino.

*“Marzo de 2020”*: se oía mucho ruido, pasos, gritos, voces, pero de repente todo se paró. El silencio, de pronto, invadió las calles vacías. La tierra parecía venirse abajo, y sin embargo, mientras contemplaba el mundo desde mi ventana, me di cuenta de que más bien iba hacia arriba. Cada día encerrados se reducía la contaminación. Quizá fue ahí donde abrimos los ojos, donde empezamos a ver la magia de las pequeñas cosas; las que en algún momento consideramos cotidianas. O sea que sí, querido marzo: otra vez volviste para intentar recordarnos que lo único constante es el cambio. En un abrir y cerrar de ojos, sin casi darnos cuenta, cerraron fronteras e impusieron una cuarentena que nos obligaba a quedarnos en casa: 15 marzo – 4 mayo. Pasaron tres meses desde que nos dijeron que no podíamos salir, que este virus no era solo una gripe como nos habían hecho creer, sino que era mucho más grave de lo que habíamos imaginado. Y llegaron las mascarillas. Esas que nos protegían del virus y nos permitían, a la vez, proteger a los demás. La verdad es que, si se trata de mí, no sé cómo explicar el cúmulo de emociones que he podido sentir a lo largo de este año. Impotencia quizás. Miedo tal vez. Pero al igual que todos, aquí estoy casi un año después de ese día que aparecerá en todas nuestras historias. Casi un año desde que la vida de muchísima gente cambió por completo. No puedo decir que a mejor, solo puedo decir que espero que este virus y este cambio en nuestra sociedad sirviera para algo. Todo volverá a la normalidad. Sé que algún día todos aquellos que los perdieron podrán recuperar sus abrazos perdidos. Que algún día todos encontraremos en cualquier esquina esa parte de nosotros que perdimos por el camino.

Elena Morales 2ºB

Nada más levantarse, ya sabía que aquel día no iba a ser como los demás. Juan se levantó y fue a ponerse mis gomas en sus orejas y salió a la calle. Así es... soy una mascarilla, me llamo Masky, este año ha sido muy duro para las personas y de mucho trabajo para nosotras las mascarillas; no soy una superheroína pero puedo salvar vidas; toda la gente me busca.

Estamos de diferentes colores, tamaños y modelos. A los humanos les gustan las mascarillas de diseño... ¡Cómo quisiera ser como ellas! ¡Son tan bonitas y elegantes!, no como yo que soy fea y sosa.

Juan y yo volvimos a casa de comprar; me dejó en la mesilla al lado de su cama; en frente de la ventana, estaba mi vecina y amiga llamada Sonrisa.

- ¡Hola, Sonrisa!

- ¡Hola, Masky!

¿Qué te cuentas?

- Acabo de llegar a casa con Juan, que había ido de compras.

¿Oye, tú nunca has querido una de esas mascarillas que ahora se pone mucho la gente?

- Ah ¿Las de modelo? La verdad es que nunca lo he pensado.

¿Por qué lo preguntas?

- Pues... porque me gustaría hacer un cambio en mí, y ser como ellas.

- Uhm...Ahora que lo dices, conozco a una mujer que se llama Giselle que es costurera; y ahora se está poniendo al lío con ellas. Su taller está al lado de tu casa.

Sin pensarlo dos veces Masky se lanzó por la ventana y con el viento que había, se arrastró hasta la puerta de la costurera Giselle.

- ¡Señora! ¡Señora Giselle!

- ¿Eh? ¿Quién habla?

- ¡Soy yo! ¡Aquí abajo!

- ¡Oh! ¡Una mascarilla que habla!. Esto de la pandemia me está afectando demasiado.- pensó Giselle.

- ¡No! De verdad hablo; me llamo Masky.

- ¡Madre mía! Hola Masky... ¿Y qué se te ofrece?

- Verá, me gustaría ser una mascarilla elegante como aquellas que tiene colgadas ahí, quería un cambio en mí, porque no me gusta mi forma...

- Emm... bueno Masky, desgraciadamente no puedo hacer eso, yo hago mascarillas, no las reformo, pero así estás muy bella, cada uno es bello a su manera, te han creado para un objetivo que es proteger a las personas de este brutal virus, recuerda que la belleza está en el interior de cada ser, importa más tu buen corazón y que las personas que te llevan se sientan seguras.

- ¡Tiene razón, señora Giselle! ¡Muchas gracias por su consejo! ¡Estoy bien como soy!

Al final Giselle fue a casa de Masky para devolvérsela a Juan con la excusa de que se le había caído por la ventana con el viento, se veía feliz mirando por la ventana de nuevo y pensando en el consejo que le dio Giselle.

*“La belleza no es lo de fuera, sino el interior de cada ser”*

Masky estaba muy contenta porque se dio cuenta de lo importante que era,... aunque no fuera una mascarilla de diseño.

Allyson Jhonson García 3ºE

## ACTO 1

*(Se abre el telón y se puede ver un pequeño apartamento. Las paredes son de un blanco crema con estrellas en el techo. La habitación posee una cama al fondo, esta es de un color blanco, y se sitúa en posición horizontal, a su derecha, una hermosa ventana con un marco negro. En la parte izquierda se puede ver una pequeña cajonera y a la derecha un largo escritorio.*

*En la habitación se encontraban dos jóvenes tiradas encima de la cama pasando el rato. Una de ellas de tez morena, pelo castaño y ojos azules como zafiros, la otra de piel pálida, cabello azul, que contrasta con sus iris morados como amatistas).*

**LÍA:** Cuando pasó por mi lado supe que era... *(Se detiene)*

**MÓNICA:** Umm... ¿Qué dices?

**LÍA:** No, nada...

**MÓNICA:** *(Se levanta y se estira)* Bueno, va, vamos a salir un rato, que nos dé el aire.

**LÍA:** *(Con tono de pereza)* Vale, venga, vamos.

*(LÍA se endereza, coge una mascarilla de la cajonera y agarra las llaves del escritorio. Acto seguido se pone la mascarilla. Abre la puerta por la cual sale MÓNICA seguida de LÍA).*

## ACTO 2

*(Se abre el telón y se puede ver una cafetería casi vacía. MÓNICA se encuentra sentada y LIA en la barra pidiendo las bebidas).*

**LÍA:** *(Hablándole a la camarera)* Disculpe ¿Me podría poner dos cortados?

**CAMARERA:** Serán dos con diez.

*LÍA le entrega el dinero, coge las bebidas y se va a sentar con MÓNICA. Los otros clientes observan atentamente cuando LÍA le entrega el café a su amiga).*

*(Las dos chicas se encuentran hablando hasta que entra el hermano de LÍA por la puerta del café).*

**LIAM:** *(Con una sonrisa y acercándose lentamente)* ¡Hey, mira quien está aquí!

**LÍA:** Mira, pues ya estás, nos podemos ir *(Se levanta ignorando completamente a MÓNICA).*

*(MÓNICA hace un gesto de resentimiento mezclado con alegría. Se incorpora siguiendo por detrás a los hermanos).*

## ACTO 3

*(Los tres están en el apartamento que actualmente pertenece a LIAM. Está realmente desordenado, lleno de papeles por todas partes. Aparte de esto, carece de muebles. LIAM se halla sentado en una esquina de la habitación. En la esquina contraria se encuentra MÓNICA mirando a la nada).*

**LÍA:** *(Está de pie observando la habitación con expresión de ligero dolor y pena)* Es realmente triste que aquí viviera mamá... La extraño mucho... *(Tras decir esto se sienta al lado de su hermano).*

**LIAM:** *(La abraza con fuerza aún estando sentado)* Lo sé, esta pandemia nos ha quitado muchas cosas a todos...

**LÍA:** ¿Sabes lo más gracioso? Eres la primera persona que me abrazada desde que madre pasó a mejor vida...

**LIAM:** *(Tiene una expresión de incomodidad en el rostro)* Lía... Debes dejar de hablar sola... No es bueno...

**LÍA:** Lo sé, a que sí, Mónica *(Se queda mirando una esquina en la cual está MÓNICA).*

**MÓNICA:** Bueno, creo que he cumplido mi cometido aquí, nos veremos más adelante, hasta entonces, adiós mi querido público *(Se levanta y conforme va dando un paso tras otro, se comienza a desvanecer en el aire hasta que no queda nada de la peli-azul).*

**LIAM:** *(Preguntándole a LÍA)* ...¿Hay alguien ahí?

**LÍA:** No, y nunca hubo, tampoco en mi cuarto esta mañana, ni en el café, tampoco en la esquina de este cuarto, porque desde el principio cuando pasó por mi lado supe que era falsa... Solo una simple ilusión para evitar mi soledad..

*(LÍA sonríe).*

*(Se baja el telón).*

Me quedaba la última hora de clase mirando por la ventana. Con la barbilla apoyada sobre la palma de mi mano, observaba las hojas, ahora teñidas por los colores del otoño, danzar en el aire, algunas haciendo graciosas piruetas antes de llegar a tocar tierra, dibujando trazos imaginarios que perseguía con la mirada.

Una vez más, pensé en ella, y en lo que la echaba de menos. Recordé todos nuestros momentos juntos, la mayoría de ellos eran recuerdos desagradables debido a la cantidad de años que pasé odiándola y a la cantidad de discusiones en las que solo yo participaba, porque a ella no le gustaba enfadarse conmigo, que creé por cualquier estupidez que podía, simplemente buscando desquitarme con ella de algún modo. Pero ahora ella ya no estaba aquí. Lamentaba el hecho de que la última vez que le hablase fuera a gritos, pero sobre todo, lamentaba el nunca haberle dicho un *"te quiero"*, nunca haberle dado un abrazo, nunca haberle demostrado lo mucho que en realidad me importaba. Jamás le di un *"buenos días"* o un *"buenas noches"*, ni le dije un *"hola"* ni un *"adiós"*. En ninguno de sus catorce cumpleaños recibió un regalo de mi parte, así como tampoco una felicitación. Por supuesto, tampoco le leí ningún cuento cuando éramos niños, ni se me pasó por la cabeza el ir a recogerla después de clase. Siempre estuve en mi propio mundo y no le hice demasiado caso.

Prefería culpar a mi mala educación y a mi torpeza para mantener relaciones sociales incluso con mi propia familia, antes que culparme a mí mismo por haber malgastado mi tiempo con ella, pero a la vez, sabía que podría haber hecho mucho más, que el pasar más tiempo de calidad con ella y haberme cuidado mejor y nunca haberme contagiado del virus no era algo imposible.

En el momento en que me dieron el resultado positivo de la PCR, sentí mi sangre congelarse. Pero peor todavía fue el sentimiento cuando días después vi a mi hermana menor prácticamente ahogarse en medio de un ataque de tos. Siempre supe acerca de sus problemas respiratorios, pero no los tuve en cuenta lo suficiente cuando entramos en estado de alarma, y solo conseguí agravarlos más. Fue mi culpa y yo la maté, es lo que escuché de mi propia voz en mi cabeza, tan fuerte que sentí que hasta mis compañeros lo escucharían, por lo que eché un rápido vistazo a mi alrededor solo para asegurarme de que nadie era capaz de leer mentes y todos seguían concentrados en la clase. De nuevo, las imágenes de sus últimos momentos antes de fallecer cruzaron mi mente, como diapositivas. No pudimos acceder a ningún hospital cercano, todos estaban llenos. Entonces, ¿Por qué ella dijo *"estaré bien"* cuando claramente no lo estaba? Una vez más, dirigí mis pensamientos de frustración hacia ella, y me odié por eso. Me gustaría darle un abrazo de disculpas.

El estruendoso ruido del timbre de salida me sacó de mis pensamientos. Me levanté en silencio, y con la mochila sobre mi hombro, salí del aula sin prestar atención a nadie a mi alrededor, como siempre hacía, notando como me quemaba en la nuca la única mirada de una persona, el que era mi mejor amigo antes de que me aislara de todos y me volviese menos comunicativo de lo que ya era. Vi que hizo el amago de seguirme, y aceleré el paso. Tanto tiempo alrededor de tantas personas consumía mi energía y mi paciencia, y me negaba a renunciar a mi único momento de soledad, el camino de vuelta a casa. Siempre me gustaba escoger la ruta más larga, dar varias vueltas a una misma manzana, y todo lo que pudiera hacer para llegar más tarde a casa, donde me esperaban mis padres, insoportables e insistentes con pasar tiempo conmigo desde que mi hermana ya no está con nosotros. Cruzando un paso de cebra, saqué las llaves de mi mochila. Esperaba que al llegar a casa me recibieran con un abrazo y muchos gritos, como ya era lo normal, pero cuando abrí la puerta y ya me estaba bajando la mascarilla, me di cuenta de que no había nadie en casa.

Laura Gutierrez 4°C



Enamorarse es la más clara señal de amar todas las cosas, de amarse y amar a todos los demás. Ahora al recordar esa tarde de viernes que parecía tan normal, me doy cuenta de lo enamorada que estaba.

No sabía que esa tarde me despedía de todo lo que amaba. Estaba diciendo adiós a sonrisas, abrazos, momentos y a la compañía de los que más quería. Ahora cierro los ojos e intento volver a esa última broma para poder escuchar esa carcajada final que le seguía.

¡Qué felices y qué enamorados estábamos!, todo para que al día siguiente nos lo arrebataran. Solo así, cuando ya no estaba, nos dimos cuenta de lo maravillosas y únicas que eran nuestras vidas. Qué duro fue darse cuenta de cuánto necesitábamos tantas cosas que ya no estaban, porque desgraciadamente ya era demasiado tarde.

Ojalá volver a ese último día de lo que antes nos parecía una vida normal y poder gritar lo enamorada que estaba de todo lo que me rodeaba. Si hubiera sabido todo lo que venía, no habría dudado en dar las gracias por todo lo que en ese momento no supe valorar. Habría apreciado mucho más esas últimas sonrisas; pero sobre todo habría abrazado con todas mis fuerzas a esas personas que tanto quería y ya no están.

Debimos aprender a amar de una manera distinta dejando ir aquello que tanto quisimos y ya no estaba, además de aceptar todo lo nuevo que llegaba. Fue difícil hacerlo sin algo tan básico como una caricia, un abrazo o un beso, pero lo más complicado fue hacerlo sin la presencia de aquellos que ya no estaban. Sin olvidarles miramos hacia delante, intentando hallar la forma de curar las heridas que eso nos causó y de recuperar esas caricias, esos besos, esos abrazos perdidos.

Leire Lacilla 4ºB

- Anoche soñé con el mundo tal como fue ayer-dijo Alicia.

- ¿Enserió? ¿Cómo fue? -respondí.

Me sonó el despertador a las 7:00, pero era miércoles y esa semana solo me tocaba ir al instituto martes y jueves así que lo ignoré y seguí durmiendo. Al poco tiempo de haberme quedado dormida entro mi madre con prisas, abrió mi persiana y encendió la luz.

- ¿Qué haces? -le pregunté alarmada.

- ¡Levanta ya que llegas tarde! -me respondió ella.

- Mama, hoy es miércoles, hoy me toca quedarme en casa, ya fui ayer.

- ¿Qué estás diciendo? -me miro confusa y algo enfadada- ¡Levántate ya y deja de decir estupideces si no quieres llegar tarde!

Yo no entendía nada, ya había ido ayer al instituto y hasta mañana no me tocaba, pero le hice caso. Me vestí, me peiné y fui a la cocina a desayunar.

En la cocina se encontraba mi madre y mi hermana terminando de desayunar mientras de fondo, escuchaban las noticias.

Me senté en mi silla y desayuné. Me pareció bastante extraño que en las noticias no dieran ningún dato del coronavirus y que la gente a la que grababan apareciera sin mascarilla.

- Mama, ¿Por qué toda esa gente va sin mascarilla, y por qué no han dicho nada del COVID?

Mi madre me miro muy sorprendida y mi hermana se echó a reír.

- Pero ¿qué dices ahora? -respondió mi madre- Antes diciendo que no te tocaba ir a clase, ahora que por qué no llevan mascarillas. ¿Hija estas bien?

- ¿COVID? -Preguntó mi hermana - ¿Qué es eso? ¿un nuevo temporal, un grupo de música?

Cada vez entendía menos, era como si nada hubiera cambiado como si el coronavirus nunca hubiera existido así que me límite a encogerme de hombros y a acabarme mi desayuno.

Cuando llegué a clase me sorprendí al ver a todo el mundo sin mascarilla, estaban preocupados ya que a tercera hora había examen, pero yo no podía para de sonreír al ver todo aquello.

De repente sonó mi despertador y me di cuenta de que todo había sido un sueño-respondió Alicia.

- ¡Ostras! - exclamé- ¡Como echo de menos esa vida, sin ninguna preocupación más que aprobar los exámenes!

Algo me decía que este no iba a ser un gran año, pero nunca imagine que llegaría a ser tan horriblemente malo como ha sido.

Todos empezamos 2020 con las expectativas muy altas, en diciembre todos estábamos ilusionados con el inicio de la década y el porvenir en este nuevo año, pero ya en enero los primeros acontecimientos nos alertaban de que este año no iba a ser fácil.

El primer evento de enero pudo ser el desencadenante de una nueva guerra mundial, cuando Estados Unidos, asesinó, por orden del presidente Donald Trump al comandante de la Guardia Revolucionaria de Irán.

Esto, no era más que el principio, el virus SARS-COV 2, se comenzaba a expandir por el mundo y en China la situación era ya muy crítica. Todo el mundo estaba muy sorprendido y asustado con las medidas que se empezaban a tomar allí. Parecía increíble que toda la población de una ciudad o incluso de todo un país, estuviese obligada a permanecer confinada en su domicilio. No sabíamos lo que nos esperaba...

Febrero fue un mes más tranquilo, pero nos esperaba lo peor. La primera semana de marzo se dispararon los contagios por COVID-19 en España y ahí empezó el apocalipsis. Se empezaban a especular los primeros rumores sobre un posible confinamiento domiciliario, esto llevo a un gran caos en los supermercados, empezaban a escasear productos como el papel higiénico o alimentos básicos como pasta o arroz. Todo el mundo iba a comprar y se desato una locura de pánico ante el confinamiento y el desabastecimiento.

Y el jueves 12 de marzo llego el anuncio. Toda España iba a ser confinada a partir del día próximo. Todo el mundo fue obligado a permanecer en su domicilio por dos semanas, pero este tiempo se fue alargando periódicamente y no fue hasta el día 2 de mayo cuando se pudo empezar a salir a la calle de nuevo.

Después de todo esto, empezó la desescalada, un periodo de tiempo en el cual se iban relajando las medidas de seguridad progresivamente, empezó el uso de la mascarilla, la cual seguimos utilizando en la actualidad y la reducción del número de personas con las cuales puedes quedar, también se implementó el toque de queda y otras medidas las cuales nunca nos hubiéramos imaginado.

Esto nos ha marcado a todos un antes y un después en nuestras vidas, el 2020 siempre será recordado como un año caótico. En 2020, en España murieron 50.837 personas por Covid-19. Mucha gente ha perdido seres queridos este año, esto nos debe hacer reflexionar como sociedad, que debemos valorar más la vida de los demás y respetar las medidas de seguridad para protegernos a nosotros mismos y a nuestros seres queridos

Mario Pérez 4ºA

Ahora que tengo la impresión de que solo puedo contemplar el mundo a través de mi ventana, empiezo a apreciar los pequeños detalles que nos ofrecía la vida cada día.

Todo comenzó un viernes 13 de marzo, cuando el presidente del gobierno declaró estado de alarma debido a un virus desconocido. Sucedió muy rápido, como si de un mal sueño se tratase. De repente el mundo entero se encontraba encerrado en sus casas sin poder salir a la calle. Sin saberlo, aquel viernes vivimos nuestros últimos momentos de normalidad.

Durante aquellos meses de confinamiento, aprendimos a conocernos más a nosotros mismos, a disfrutar el tiempo con los nuestros, y a valorar cada momento de nuestras vidas. Cuando ya nos dejaron salir, pensábamos que por fin se había terminado esta pesadilla. Sin embargo, la vida que nos esperaba había cambiado y nada iba a volver a ser como antes. Llegaron las mascarillas y las restricciones. Debíamos madurar, aprender a ser responsables y coherentes, teníamos que pensar antes de actuar. Pero, lo más duro de todo fue, sin ninguna duda, el tener que mantener una distancia con nuestros seres queridos. Eso significó no más abrazos, no más besos, no más cariño.

Hace ya un año que nuestras vidas cambiaron repentinamente, y cuando la nostalgia se apoderaba cada vez más de nosotros, por fin apareció una buena noticia, se encontró una vacuna que definitivamente iba a derrotar al maldito virus. Poco a poco, nos vamos acercando a nuestra ansiada normalidad y recordaremos todo esto como una anécdota, como una guerra que vencimos aportando cada uno de nosotros nuestro esfuerzo. Debemos seguir luchando ahora más que nunca, por todos esos abrazos que no hemos podido dar, pero por los que daremos. Por todas esas risas que no hemos podido disfrutar, pero que disfrutaremos. Por saber apreciar cada pequeño detalle como un regalo que nos da la vida.

Claudia Pérez Sánchez 4ºA

Cuando pierdo algo, mi madre me dice que piense en donde lo deje la última vez. Y eso es lo que voy a hacer: intentare recordar donde deje aquel abrazo de mi abuelo.

Mi abuelo siempre me dice que su mejor nieta soy yo, y eso me pone muy feliz porque a mi abuelo le quiero más que a nadie, y sé que él a mí también. Me encanta que llegue el fin de semana para así darle el abrazo que tanto espero con ansia toda la semana, y contarle como me ha ido en el instituto.

Ese fin de semana fue diferente. De repente empezaron a decir que había un virus que estaba rondando por todo el mundo. Me asuste, pero no le di mucha importancia. Me di cuenta de que mi abuelo se preocupó un poco, pero aun así, yo seguía abrazada a él.

Nos fuimos a dormir, y mis padres nos dijeron que nos teníamos que ir a Zaragoza, que todo era más grave de lo que parecía. Yo en ese momento no entendía nada. Le di un abrazo a mi abuelo y un beso y me subí al coche rápidamente y vi que a mi abuelo le caían lágrimas y tenía los ojos llorosos-

Estuve todo el viaje llorando, pero pensé, no pasa nada, a la semana que viene le volveré a dar mi abrazo y lo sentiré en mis brazos otra vez. Lo que no sabía, es que iba a estar meses sin verlo.

Llego el viernes y me dieron la peor noticia que me esperaba, me dijeron que no podíamos ir al pueblo. Me entro mucha angustia y no entendía el por qué.

Pasaban los días y yo hablaba con mi abuelo, con muchas ganas de verlo, me echaba mucho de menos pero yo a él más. Lo correcto era no vernos, ya que era muy peligroso así que fuimos aguantando poco a poco.

Llegó el día en el que lo vi, llore de emoción y el aún más, tenía muchas ganas de verme. Me llamaba y me decía ven, dame un abrazo, pero yo tenía miedo y por si acaso no se lo daba.

Es muy duro verlo y no poder darle ese abrazo que tanto quiero, pero lo que hacemos es, desde la distancia abrimos los brazos, y hacemos como que estamos abrazados.

Hay una cosa de la que estoy cien por cien segura, y es que ese último abrazo fue el mejor del mundo, y también estoy segura de que pronto nos daremos nuestro abrazo.

Paula Abad 4ºA

Aquella mañana, al despertarme, descubrí que no estaba en mi habitación.

El día que CV, procedente de una aldea en China, llegó, empezó a cambiar nuestro modo de vivir. Era una persona oscura y cruel que no le agradaba nadie. Tenía la capacidad de trasladarse por todo el mundo y dejar su huella por donde pasaba. Cada vez era más fuerte y peligroso. Tardó en llegar a donde yo vivía pero al presentarse adecuadamente supe que una etapa se acababa dejando paso a otra nueva.

Poco a poco creció el miedo incluso de salir a la calle por si nos encontrábamos a CV y de tanto miedo, pasamos a no juntarnos con nadie por si aparecía. Recuerdo querer salir con mi familia y amigos y que él estuviera esperándome en la puerta para obligarme a quedarme en casa. Mucha gente lo enfrentó y luchó contra él pero CV siempre ganaba y los castigaba llevándoselos con él.

Un día casi lo conozco de verdad y me asusté mucho ya que sé que me habría obligado a aislarme de la gente para “no causarles daños”, o eso decían las personas que habían tenido el placer de conocerlo. Algunas personas buscaron durante mucho tiempo una solución para que nos dejara en paz y lo único que se les ocurrió fue ponernos todos y cada uno de nosotros una mascarilla para salir a la calle con la finalidad de que no nos reconociera.

Al principio de todo me angustié mucho y me negaba a que nos estuviese pasando esto pero luego me di cuenta de lo importante que era estar todos unidos para vencerlo. Me daba rabia ver como algunas personas no se unían a nosotros y colaboraban pero cada vez fuimos creciendo. Cuando parecía que estábamos ganando, él vino con más fuerza y nos pilló a todos desprevenidos. Con cada víctima se hacía más fuerte y aprovechaba nuestras debilidades y las ponía contra nosotros.

CV ya había conocido a más personas de las que me hubiera gustado y muchas habían intentado enfrentarse a él. Quería que se acabase esa pesadilla y ser feliz como antes, sin tantas preocupaciones.

Eso es todo lo que le conté a la señora que había venido a verme a esa habitación. Era una mujer de mediana edad vestida con una bata blanca y parecía muy sorprendida, no sé si por verme despierta o por la historia que le acababa de contar. Yo la había vivido como si hubiera sido real y no sabía porque tanto asombro y tanto interés en mis palabras.

La verdad es que yo no entendía nada, ni donde estaba, ni porque le estaba contando todo eso. No me sonaba ese sitio pero conforme lo fui mirando más en detalle me imaginé lo que estaría pasando. Tuve miedo de preguntar porque la verdad no sabía si me apetecía enterarme ya que había pasado por mucho estrés por mi sueño, o eso me dijo la mujer.

Unos minutos después fueron entrando más personas a mi habitación y se pusieron a examinarme, a lo que yo les pregunté por fin que quienes eran y que donde estaba. Creo que se asombraron al ver que no sabía dónde estaba pero en ese momento tenía tantas cosas en la cabeza que no podía pensar. En lo único en lo que pensaba era en mi sueño y el alivio de que solo fuera un sueño. Tras varios análisis, un hombre, que supuse que sería mi doctor, se sentó a hablar conmigo y ese fue el momento en el que me enteré que había estado en coma durante un largo tiempo.

Creía que estaba preparada para todo pero cuando me explicó que se estaba empezando a formar una pandemia mundial llamada Coronavirus, supe que mi pesadilla no había hecho nada más que empezar.

La mañana era azul y alegre, al igual que todas las mañanas desde que esto empezó, irónico desde mi punto de vista, ya que solo unos pocos privilegiados iban a poder disfrutarla, como mis vecinos de enfrente, que tienen tres perros y salían a pasearlos tres veces al día, una vez para cada perro al parecer. Pero yo, sin mascotas ni terrazas, de nada me servía un día de sol.

Me despertaba cada mañana esperando algo nuevo, e interesante, pero al contrario, los días seguían siendo iguales. Me levantaba a las nueve, desayunaba un buen tazón de cereales y me conectaba a la video llamada de lengua para hacer la sintaxis de siempre. Por la tarde un poco de Patry Jordan, alguna partida de parchís y a dormir, porque después de llevar un mes y medio en casa, las series ya estaban más que vistas. Y así fueron las siguientes semanas hasta que acabó.

Un verano con altas expectativas, terminó siendo unas cuantas salidas en bici hasta el río con mis amigas, y tardes enteras en las terrazas del bar. Aunque he de admitir que por muy mal que lo haya pintado, no me lo pasé nada mal, más bien, era cuestión de buenas compañías, un buen tema de conversación y abundante helado de chocolate, y así pasaban los días intentando autoconvencernos de que el verano de nuestros dieciséis iba a ser mucho mejor.

Ahora, que parece que ha pasado tanto tiempo y tan poco a la vez, y que seguimos prácticamente en la misma situación me da que pensar en todo lo que he perdido este último año, y que echo tanto de menos, esas cosas que en su día, me parecían tan normales, como ir a casa de mi abuela a comer cada domingo, o compartir la bolsa de pipas en el parque con mis amigos, sentados en un banco. Incluso echo de menos esas comidas familiares de cuarenta personas, con los primos de tus padres que solo has visto un par de veces en tu vida.

Pero lo que más me entristece es que me da la sensación de que mi famoso verano de dieciséis, en el cual al fin puedo entrar a la discomóvil del pueblo legalmente, no vaya a ser como siempre he querido que sea un verano, fiesta, amigos y calor. Bueno, al menos, calor sí que va a hacer.

Inés Roldán 4ºA

Cuando pierdo algo mi madre siempre dice que piense en donde lo dejé la última vez y eso es lo que voy a hacer: intentaré recordar dónde dejé aquel abrazo. Mi madre me llamó mientras estaba con mis amigas, sabía que algo malo estaba pasando, mi madre parecía preocupada, simplemente me dijo que fuera a casa que tenían que contarme una cosa y ahí ya tenía las lágrimas rodando por mis mejillas. Al llegar a casa me dieron la noticia: tu abuela está en el hospital por coronavirus. Desde ese día fui viendo como una persona llena de felicidad y amor se iba apagando en silencio poco a poco. Y a la vez que ella se iba apagando yo también. Lo más duro era que ella estaba sola en una habitación de hospital sin nadie que pudiera darle la mano o decirle que la quería. Era ella contra la enfermedad aunque nosotros la apoyáramos desde casa. Llegó el día, ese día que lo cambió todo, me dieron la noticia de que no lo superó. Una persona tan fuerte como mi abuela no lo logró. Todo se me vino encima, intente recordar cuándo fue la última vez que le dije que la quería o simplemente nuestro último abrazo, pero no podía, solo era capaz de llorar y culpar a todo el mundo que salía de fiesta o iba sin mascarilla, mientras mi abuela estaba en el hospital por ellos, por la irresponsabilidad de toda esa gente. A los días entendí que ya no había vuelta atrás, que me la habían arrebatado y yo no pude hacer nada. Pero eso no es verdad sí que puedo hacer, puedo hacer que los demás no pasen por lo que yo he pasado, respetando las medidas del covid. Cuando dejé el enfado y el rencor atrás, recordé el abrazo, ese último abrazo que me dio mi abuela después de que acabara el confinamiento. Fui a visitarla después de tres meses sin verla, me dio un abrazo mientras las lágrimas le empapaban toda su mascarilla. Quince segundos que le hicieron verdaderamente feliz. Lo que yo decía que era un simple abrazo no lo era, era nuestro último abrazo. Decidí que nadie pasaría por esto ayudando a vencer a la enfermedad. A partir de ese día no me iba a quedar callada si alguien se bajaba la mascarilla o se iba de fiesta. Hoy ha sido mi abuela pero otro día puede ser la tuya.

Adriana Garcia 4ºA